

Los militares y el desarrollo industrial y tecnológico en Argentina. Apogeo y declinación de un proyecto de país

The military and industrial and technological development in Argentina.

Apogee and decline of a country project

Esteban Hernán Smolarz¹

Resumen

Entre las décadas de 1920 y 1980, Argentina experimenta un fuerte proceso de industrialización, que trastoca fundamentalmente las bases de su economía. A lo largo de dicho proceso, los militares juegan un rol protagónico. Sus contribuciones son clave para el avance de los principales proyectos industriales y tecnológicos. Al mismo tiempo, los mandos castrenses asumen el rol de árbitros a través de los golpes de Estado y el control a los gobiernos civiles, dentro de un sistema político en que las distintas clases sociales son incapaces de alcanzar acuerdos duraderos, y en el que ninguna clase o alianza de clases logra imponerse. Sin embargo, en el último cuarto del siglo XX, el modelo de país industrial entra en crisis. Son los mismos militares quienes se encargan de desarticularlo. Este artículo intenta explicar la doble función, política y técnica, que las fuerzas armadas cumplen a lo largo del período en cuestión, analizando la interacción entre causas internas y externas. También pretende indagar acerca de qué motiva el eventual abandono del modelo de país industrial y por qué razones la economía nacional termina adquiriendo su configuración actual. Las respuestas a estas preguntas son relevantes para el debate político contemporáneo.

Palabras clave: militares, desarrollo, industrialización, ciencia, tecnología.

Abstract

Between the 1920s and 1980s, Argentina undergoes a strong process of industrialization, which fundamentally disrupts the foundations of its economy. Throughout this process, the military play a leading role. Their contributions are key to the advancement of major industrial and technological projects. At the same time, the military commanders assume the role of arbitrators through coups and control over civilian governments, within a political system in which the different social classes are incapable of reaching lasting agreements, and in which none class or class

Recibido: 25 de septiembre de 2022 ~ Aceptado: 1 de julio 2023 ~ Publicado: 31 de julio de 2023

¹ Licenciado en Relaciones Internacionales. Universidad Nacional de Rosario (UNR), Rosario, Argentina. Correo electrónico: estebansmolarz@gmail.com  <https://orcid.org/0000-0001-9265-5888>

alliance succeeds in imposing itself. However, in the last quarter of the 20th century, the industrial country model enters into crisis. It is the same military who are in charge of dismantling it. This article tries to explain the double function, political and technical, that the armed forces fulfill throughout the period in question, analyzing the interaction between internal and external causes. It also aims to investigate what motivates the eventual abandonment of the industrial country model and for what reasons the national economy ends up acquiring its current configuration. The answers to these questions are relevant to the contemporary political debate.

Keywords: military, development, industrialization, science, technology.

1. Introducción

Durante más de medio siglo, entre 1930 y 1983, la política argentina se encuentra signada por el ineludible protagonismo de los militares. Efectivamente, no hay un solo gobierno que no surja de un golpe de Estado, o en el cual los principales líderes no emanen del seno de las Fuerzas Armadas (FFAA), o sobre el cual las autoridades castrenses no ejerzan condicionamientos insalvables.

Entre los primeros casos, se cuentan los gobiernos implantados por los golpes de Estado de 1930, 1943, 1955, 1966 y 1976. Los dos primeros períodos justicialistas entre 1946 y 1955, junto a la sucesión de cuatro mandatarios de ese signo partidario entre 1973 y 1976, son el ejemplo obvio de etapas marcadas por la centralidad de una figura carismática de extracción militar, el general Perón. Por último, los gobiernos de la Concordancia (1932-1943), de Frondizi (1958-1962), de Guido (1962-1963) y de Illia (1963-1966) constituyen la lógica referencia a instancias en las que las FFAA obran de “garantes últimos del orden” (Franco, 2020) al posibilitar la continuidad de la proscripción de ciertas agrupaciones políticas o la imposición del fraude electoral.

Con el retorno definitivo de la democracia en 1983, la influencia de los militares en la vida política nacional mengua, pero no desaparece del todo. Prueba de ello son la sublevación de Semana Santa en 1987, los levantamientos de Monte Caseros y Villa Martelli en 1988, y la asonada del 3 de diciembre de 1990. Recién con esta última, concluye la participación política activa de los mandos castrenses.

La faceta política del involucramiento de los militares en la vida nacional es hartamente conocida (Tejada, 2019). Diversos académicos argentinos y del exterior han teorizado sobre el fenómeno (Rouquié, 1981). Por otra parte, en el caso de los aportes realizados por las fuerzas armadas al desarrollo nacional en su dimensión económica y científico-tecnológica, existe también un consenso de que las contribuciones son relevantes (Frenkel, 1992).

Es innegable que el proceso de modernización productiva argentino que se desenvuelve aproximadamente entre las décadas de 1920 y 1980 es impulsado y codirigido por los militares. Ramas enteras de la industria, especialmente de la industria pesada, como el petróleo, la química, la petroquímica, la siderurgia, la metalurgia, la metalmecánica, o la generación eléctrica, nacen o se expanden al calor de proyectos cobijados por oficiales de las FFAA (Báez, 2004). La industria bélica en sí misma crece hasta el punto de ser capaz de producir distintos tipos de insumos, desde fusiles de asalto hasta misiles balísticos.

La industrialización avanza de manera paralela al progreso en materia científica y tecnológica. De igual modo que en los sectores industriales antedichos, en la arena tecnológica hay áreas enteras que son gestionadas por los militares, como energía nuclear, industria aeroespacial o tecnología misilística. En muchos de estos campos y tras invertir cuantiosos recursos, Argentina logra integrar un selecto grupo de países capaces de crear y manejar tecnologías de punta (Beyreuther, 2011).

La relación de los militares con la industria y la tecnología nacionales sigue una trayectoria análoga a la de su protagonismo político. Las primeras iniciativas, durante las décadas de 1920 y 1930, se convierten prácticamente en una política de Estado luego de la Segunda Guerra Mundial (SGM). Sin embargo, tras alcanzar su auge en las décadas de 1970 y 1980, en el último decenio del siglo XX todo el “complejo militar-industrial” argentino termina siendo una sombra de lo que supo ser.

Es evidente que sucede un paralelismo que no es meramente cronológico entre estos dos cauces, el político y el técnico-económico, por los que discurre el involucramiento social, extraprofesional, de los militares argentinos. Por lo tanto, es interesante tratar de vincular ambas dimensiones para descubrir qué factores comunes las atraviesan. Ese es uno de los supuestos de este artículo: que existen un conjunto de causas subyacentes que posibilitan este rol social de las fuerzas armadas en el período de estudio.

El otro supuesto es que, junto a estas condiciones de carácter interno, operan otras de naturaleza externa o internacional. Ambos tipos de causas son igualmente necesarias para comprender acabadamente por qué ciertos hechos políticos acontecen de la manera en que lo hacen, o qué ocasiona que las estructuras productivas evolucionen en una dirección específica. Pero, sobre todo, arrojan luz para entender por qué razón estos sucesos o procesos ocurren en determinada fecha o etapa histórica.

Teniendo en cuenta esta doble aproximación, la cuestión de la participación de los militares en la vida política y económica nacional es estudiada a lo largo de cinco secciones, cada una de las cuales se corresponde con una fase temporal. La primera de ellas, de carácter introductorio, concierne al período que se extiende desde la

unificación nacional a mediados del siglo XIX hasta el golpe de Estado de 1930. Las siguientes tres pertenecen al período histórico que aquí interesa (aproximadamente entre las décadas de 1920 y 1980), con una sección de cierre que abarca desde la década de 1990 hasta la actualidad. Finalmente, una última sección no temporal expone las conclusiones y reflexiones fruto de la escritura de este texto.

La incógnita que este artículo intenta responder es cuál es el rol social desempeñado por las FFAA en el período de industrialización nacional que transcurre entre mediados de las décadas de 1920 y 1980, y descubrir qué factores inciden en el ejercicio de esa función. La hipótesis que se postula como respuesta a este interrogante es que, a lo largo de esa etapa histórica, los militares cumplen un doble papel, técnico y político, erigiéndose en protagonistas del desarrollo industrial y tecnológico argentino, pero también operando como árbitros de las disputas políticas que dividen al país. Las variables internas y externas a tener en cuenta para el análisis son de índole económica, política y tecnológica.

2. De las guerras civiles al fin del orden liberal

La presencia de los militares en la política argentina data del nacimiento mismo de la nación. Si esta gestación se fecha en 1810, 1816 o incluso en un año posterior, es irrelevante. El surgimiento de Argentina como país independiente es un proceso violento, por lo que no sorprende que los primeros líderes patrios, y los que les suceden por lo menos hasta el último cuarto del siglo XIX, sean en su mayoría jefes militares. Ya sea que se formen como oficiales de carrera, o se fogueen en el campo de batalla, al menos tres generaciones de cuadros políticos argentinos experimentan en carne propia la guerra como medio de resolución de disputas.

La profesionalización de las fuerzas armadas argentinas acaece tras el fin de las guerras civiles y de manera simultánea a la consolidación del Estado nacional. Este proceso político se ve fuertemente condicionado por variables externas que lo fomentan. La principal de ellas es la transformación del sistema capitalista internacional hacia mediados del siglo XIX. En el marco de lo que un reconocido historiador británico llamó como la “era del capital” (Hobsbawm, 1975), varios Estados nacionales se afianzan en distintas regiones del mundo, generalmente tras sangrientas guerras o iniciativas reformistas encaradas “desde arriba”. Son los casos de Estados Unidos (EEUU) tras la Guerra Civil, de Alemania luego de las guerras bismarckianas, de Japón a través de la Restauración Meiji y de Argentina por medio de la Guerra contra Paraguay.

Si la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata es posible por el colapso del imperio español, éste se ve a su vez catalizado por el ciclo de guerras entre grandes potencias en Europa, desde la Revolución Francesa hasta la derrota de

Napoleón en Waterloo. Esta gran confrontación bélica determina el fracaso de las pretensiones hegemónicas francesas, y la definitiva preeminencia británica a nivel mundial.

Ese es el contexto sistémico del surgimiento de la Argentina como nación independiente, incluidas sus características más notorias, tales como la fragmentación territorial o la ascendencia del puerto de Buenos Aires sobre el interior. La persistencia de la violencia y la ausencia de instituciones sólidas durante al menos medio siglo se explican desde esta óptica internacionalista por la indefinición del perfil productivo del naciente país y lo poco relevante que resulta para las necesidades del capital extranjero. Como ha de comprobarse en la segunda mitad del siglo XIX, la delimitación de una matriz económica cimentada en la elaboración de materias primas agrícolas, y la recepción de significativas inversiones extranjeras orientadas a la construcción de la infraestructura requerida para la exportación de dicha producción, redundan en el establecimiento de instituciones más estables a lo largo de un extenso período de paz.

Justamente hacia mediados del siglo XIX la dinámica empieza a cambiar en ese sentido. La potencia hegemónica, Gran Bretaña (GB), ingresa en una nueva fase de su proceso de acumulación capitalista. Es en ese momento que el proyecto liberal local encuentra sustento para sus anhelos. Sin embargo, el Estado argentino moderno tarda casi 30 años en configurarse, contados desde la caída de Rosas en 1852 hasta la federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880, e incluyendo la instancia definitoria que constituye la guerra del Paraguay.

A partir de ese momento y hasta el primer Centenario, los militares en gran medida se apartan de la vida pública y se integran en un cuerpo profesional. Con excepción de los ministerios propios de su área, como Guerra y Marina, no ocupan otros cargos políticos relevantes. En general, la dirigencia política comienza a nutrirse primordialmente de hombres de negocios o de leyes. Asimismo, el proyecto de país se basa en la participación dentro de la división internacional del trabajo como proveedor de materias primas, principalmente granos y carnes. Como contrapartida, Argentina se transforma en un atractivo destino para los capitales extranjeros, volcados fuertemente a la expansión de las capacidades productivas requeridas para propiciar esa mencionada inserción internacional (por ejemplo, la red ferroviaria).

La Primera Guerra Mundial (PGM) quiebra la continuidad de ese orden. GB mantiene una porción apreciable de su poderío, pero el mismo se ve disminuido por la aparición de otros actores, a la cabeza de los cuales se encuentra EEUU. Mientras tanto en Argentina, la sanción del sufragio universal facilita el triunfo político del radicalismo.

Es en este contexto que comienzan a manifestarse los primeros signos del nuevo rol que los militares asumen con vigor en las décadas siguientes. En 1922 se funda Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), siendo su primer director el general Mosconi. Bajo su gestión, YPF crece hasta convertirse en una petrolera integrada, es decir, con actividades a lo largo de toda la cadena productiva hidrocarburífera, desde la prospección hasta la comercialización, pasando por la extracción, el transporte y el refinado. El ritmo de crecimiento de la empresa es bastante acelerado, y para 1925 ya se inaugura la refinería de La Plata, en ese momento una de las más grandes del mundo (Mamonde, 2021).

Una de las motivaciones del presidente Yrigoyen para crear una petrolera estatal a instancias de Mosconi, deriva de la necesidad de garantizar el aprovisionamiento de combustible para las máquinas y equipos bélicos. Por experiencia personal, Mosconi se convence de que no es seguro depender de compañías extranjeras a la hora de suministrar insumos a las fuerzas armadas, especialmente nafta para aviones (Carrizo, 2017).

Esto ocurre en el marco de una incipiente transición energética dentro del sistema capitalista, en el que los derivados de petróleo empiezan a reemplazar al carbón como fuente de energía para el transporte. No es casual que las más grandes corporaciones de esta época, de capitales norteamericanos o británicos, operen en la industria petrolera. Este proceso se ve reforzado en el ámbito civil por el auge de la industria automotriz, y en la esfera bélica por los primeros atisbos de la guerra mecanizada con la irrupción de tanques y vehículos blindados, aviones de combate, y la reconversión de buques de guerra para dotarlos de motores diésel.

Lo que es llamativo es que se trata de un militar de carrera, y no un hombre de negocios o consorcio de capitalistas, quien impulsa a Yrigoyen a tomar la iniciativa de establecer una empresa petrolera en Argentina. Sin embargo, deja de ser extraño cuando se recuerda que las élites económicas argentinas de la época derivan su riqueza de la explotación de los recursos agrícolas y de la relación comercial con GB y otras potencias europeas. Esta élite, mayoritariamente descendiente de las familias privilegiadas del período colonial, no ve necesidad de incursionar en otras actividades cuya rentabilidad no es tan alta o tan segura, y menos aún si eso implica un enfrentamiento con sus clientes extranjeros (Maas, 2017).

3. Desde la crisis de 1929 hasta la aparición del peronismo

El 6 de septiembre de 1930 un golpe de Estado encabezado por el general Uriburu derroca al presidente Yrigoyen. Una de las primeras medidas tomadas por el gobierno golpista consiste en anular los acuerdos petroleros entre YPF y la Unión de

Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) (Simonoff, 2019). Esta sucesión de hechos es sintomática de dos rasgos que caracterizan el comportamiento político y económico de la corporación militar durante los próximos 60 años.

Por un lado, la asignación a los mandos castrenses del rol de árbitros políticos. Esta función se les otorga como consecuencia de que el sistema político no encuentra medios satisfactorios para la resolución de sus desacuerdos a través de los mecanismos institucionales consagrados legalmente. Aunque esta dimensión no estuvo ausente en la deposición ilegal del primer mandatario electo democráticamente, lo cierto es que el golpe de Estado de 1930 en particular logra implementarse principalmente gracias a la alianza entre sectores políticos conservadores y nacionalistas (Tato, 2005). Específicamente, puede argumentarse que esta alianza deriva del hecho de que las clases dominantes no logran adaptarse al juego democrático tras la sanción de la Ley Sáenz Peña en 1912. Prueba de ello es la incapacidad de poder construir un partido político electoralmente competitivo.

En vista de las reiteradas derrotas en las urnas, primero ante el radicalismo y más adelante ante el peronismo, la dirigencia tradicional que solía agruparse en el Partido Autonomista Nacional decide no seguir respetando las reglas de juego. El hecho de que se recurra a las FFAA para de facto directamente sustituir un gobierno por otro, es significativo en tanto acaba con medio siglo de relativa paz política en Argentina. Relativa en el sentido de que vuelve a poner a los militares en el centro de la escena, de una manera que se desconoce desde 1880.

Esto no implica ignorar que las FFAA cumplen tareas políticas en el período que transcurre entre la federalización de la ciudad de Buenos Aires y la caída de Yrigoyen. Las revoluciones radicales, o las convulsiones sociales de la Semana Trágica y la Patagonia Rebelde, son ilustrativas al respecto. Pero a pesar del drama humano que estos sucesos implican, no llegan a alterar sustancialmente el orden político, como sí lo hace, y a largo plazo, el golpe de 1930.

El otro rasgo típico de la institución militar en este período, vinculado a su vez al anterior, está relacionado con el hecho de que en su interior confluyen de manera conflictiva distintas corrientes ideológicas. Estas facciones se identifican con proyectos de país contrapuestos y representan intereses económicos enfrentados (Comini & Frenkel, 2018).

Básicamente, por un lado se encuentra la línea de militares nacionalistas, que abogan por una Argentina industrializada, autónoma en términos de política internacional y autárquica en materia económica. Su modelo de país incluye el desarrollo de conocimientos científicos y tecnologías a nivel local, proyectos integrales de producción e infraestructura, y un mayor grado de bienestar para la población. Sus exponentes más destacados son los generales Mosconi y Savio, el

vicealmirante Castro Madero y el brigadier San Martín. Son hombres con una sólida formación técnica, focalizada en las ciencias duras y las ingenierías, y con una probada capacidad de gestión (Rougier, 2022).

Por otro lado se les oponen los mandos más politizados, ubicados en un nivel superior dentro de la jerarquía, e íntimamente ligados a las clases dominantes. Son estos jefes militares quienes se encargan de ejecutar los golpes de Estado que se suceden periódicamente a partir de 1930 (Morresi, 2010). Su predisposición para ofrecer la capacidad represiva de las FFAA como herramienta de reacomodamiento político, es lo que les confiere un poder sobresaliente sobre otras clases sociales y partidos. No obstante, esta instrumentalización del aparato militar encierra en sí la génesis de su posterior neutralización, especialmente ante los excesos cometidos por la última dictadura.

El hecho fundamental de esta división de las FFAA entre dos facciones es que el ala industrialista y profesional siempre está subordinada al bando liberal y politizado. Esta sujeción se explica por la falta de apoyos firmes en la sociedad para aquella, sea por la inexistencia de una burguesía industrial con conciencia de clase o por la imposibilidad de configurar una alianza de intereses que se identifique con su proyecto de país. Esta correlación de fuerzas asimétrica determina que los militares nacionalistas terminen perdiendo la batalla por el modelo de país que Argentina debe escoger.

En el frente internacional, la PGM primero y la crisis de 1929 después impactan con una doble dinámica, contradictoria, sobre la evolución socioeconómica de la Argentina. La progresiva decadencia británica conlleva un peligroso acotamiento de los horizontes comerciales para el país, en tanto su principal cliente externo se torna en un mercado cada vez menos atractivo. De forma equivalente, Argentina pierde relevancia para Londres.

Esta pérdida de trascendencia se refleja en el retraimiento de los flujos de inversiones. Nuevamente el ejemplo clásico son los ferrocarriles. La red ferroviaria local alcanza a ser una de las más extensas del mundo en apenas un par de décadas. Pero en fecha tan temprana como 1907, con la aprobación de la Ley Mitre, el negocio estrella de los capitales británicos se transforma de un modo que es figurativo de la relación entre ambos países. De la inversión productiva y el intercambio de bienes físicos, se pasa a la cooptación de rentas protegidas legalmente.

Este modelo por el cual el actor más fuerte de la relación bilateral parasita al más débil, se profundiza con la crisis de 1929. El pacto de Ottawa de 1932, por el cual GB prioriza el comercio con sus dominios coloniales, conduce a la firma del pacto Roca-Runciman en 1933 (precedido por el fallido acuerdo D'Abernon-Oyhanarte del último gobierno de Yrigoyen y sucedido por el pacto Malbrán-Eden en 1936). Esta

actitud de la élite local, que apuesta a un patrón de inserción internacional que estriba en la exportación de *commodities* de bajo valor agregado y en la importación de manufacturas y tecnologías y que se halla evidentemente agotado, entraña importantes consecuencias a largo plazo. Entre ellas, el desinterés por forjar una relación más cercana con EEUU (como sí lo hace Brasil), y un reforzamiento de este mismo modelo económico extractivo-rentista por el cual Argentina exporta materias primas agrícolas y GB se asegura privilegios comerciales, financieros y regulatorios.

La otra cara de la aludida dinámica contradictoria es que la pérdida de referencia internacional ante el desinterés de GB por Argentina, confiere vía libre a la clase dirigente local para distorsionar su comportamiento, a la vez que la fuerza a implementar cambios rotundos en la estructura económica. La necesidad imperiosa de reformar el aparato productivo se correlaciona con el apuro por librarse de las limitaciones derivadas de tener que respetar el mandato de gobiernos elegidos por el voto popular. Ese razonamiento se plasma en el golpe de Estado de 1930 y la degradación institucional a que da inicio.

Los cambios estructurales son los que determinan que Argentina pase de una economía mayoritariamente librecambista, fuertemente integrada al sistema internacional, organizada por el mercado y basada en un modelo monoproduccionista agrícola, a otra más proteccionista, relativamente aislada de los flujos globales de comercio, regulada por el Estado y con un cierto grado de diversificación productiva. Este modelo entra en crisis a mediados de la década de 1970, para extinguirse hacia 1990 (perdurando no obstante muchos de sus rasgos más negativos).

Es el gobierno de Justo, un militar de carrera, el que introduce estos cambios. En materia administrativa, se cuentan entre los mismos la creación del Banco Central de la República Argentina (BCRA), Vialidad Nacional, la Corporación de Transportes, las Juntas Reguladoras de Granos, Carnes y Vinos, y el régimen de coparticipación fiscal. Se pone en marcha un plan de obras públicas medianamente ambicioso (Ballent, 2016). Simultáneamente, emerge entre las familias de ascendencia italiana una tímida burguesía local que aprovecha el retraimiento del comercio mundial para sentar las bases de una industria nacional, dependiente del consumo interno y las adquisiciones estatales.

No es casualidad que los golpes de Estado aparezcan al quebrarse la inserción internacional del país, en tanto las élites deben disciplinar a la disidencia política en el marco de un proceso de racionalización de las fuerzas productivas y de reordenamiento de las relaciones de producción (Esposto & Zabala, 2010). Tampoco el de Argentina fue un caso aislado. Las asonadas militares, el intervencionismo gubernamental y la promoción industrial son atributos comunes a muchos gobiernos latinoamericanos del período, incluyendo todos los países vecinos. Si las FFAA son

la expresión institucional de las tensiones políticas y sociales locales, éstas a su vez interactúan con los conflictos internacionales.

Naturalmente, la SGM es el hecho fundamental de este período, ya que define no sólo el ordenamiento posterior del orden global, sino también su correlato local. Como toda confrontación bélica, uno de sus efectos es un aumento de la influencia de los mandos militares en la gestión pública ante el reajuste de las prioridades de gobierno. Al igual que durante la PGM (bajo mandatos presidenciales de signo partidario opuesto como los de De la Plaza e Yrigoyen), Argentina asume una posición neutralista que en los hechos beneficia a GB.

Tras el breve paso de Ortiz por la presidencia, el gobierno de Castillo continúa con la política intervencionista iniciada tras la crisis de 1929, ahora intensificada por la guerra (López, 2017). Así, se fundan la Flota Mercante del Estado y especialmente la Dirección General de Fabricaciones Militares (FM), cuyo primer director es el general Savio (Arroyo Arzubi, 2004). También a iniciativa de Savio, se crea Altos Hornos Zapla, en Jujuy, como empresa pionera de la siderurgia argentina (Boto, 2012).

A partir de ese entonces, FM realiza notables contribuciones. En el plano militar, innova durante la SGM con el desarrollo del primer tanque argentino, el Nahuel DL-43, producido en colaboración con la Fábrica Militar de Aviones (FMA) inaugurada en 1927 (Ferrero, 1978). En la esfera civil, sienta las bases para el crecimiento de las industrias química, minera, eléctrica y metalmeccánica.

El golpe de Estado del 4 junio de 1943 da continuidad a estas políticas, con el establecimiento de Industrias Químicas Nacionales y el Banco de Crédito Industrial (Rougier, 1999). En marzo de 1945 Argentina declara la guerra a las potencias del Eje, con las cuales las relaciones diplomáticas ya estaban rotas, y adhiere al Acta de Chapultepec (precedente de la Organización de Estados Americanos). A pesar de lo que suele pensarse, Argentina no actúa a contramano del resto de los países de la región. Al contrario, la temprana adhesión al bando aliado es más bien la excepción.

El ejemplo paradigmático es el Brasil de Vargas, que ya desde los Acuerdos de Washington de 1942 (que comienzan a negociarse antes de la entrada de EEUU en la guerra) opta por el alineamiento con los aliados (Hirst, 2013). Esta toma de posición es fruto de la temprana decisión de la élite brasileña por una política industrial de largo plazo. El logro más descollante de esta estrategia es la construcción de la planta siderúrgica de Volta Redonda (Mesquita Fontes & de Niemeyer Lamarão, 2006). Adicionalmente, las industrias automotrices, energética y del caucho reciben un fuerte impulso en el país vecino. A cambio, Rio de Janeiro contribuye con insumos y tropas al esfuerzo de guerra estadounidense.

En contraposición, las clases dominantes argentinas no logran precisar un plan consistente para el desarrollo del país. En materia económica, no terminan de desprenderse del modelo agroexportador que supo reportar ingentes beneficios, pero ya es estéril. La contrapartida externa la representa el encaprichamiento por continuar y profundizar la relación con una GB en decadencia. La postura argentina durante la SGM, más que el producto de una inconfesa simpatía por Alemania o una titubeante antipatía ante EEUU, es una de las secuelas de la falta de lucidez de sus clases dirigentes para leer los cambios en el mundo.

4. El proyecto desarrollista en el contexto de guerra fría

La victoria electoral de Perón en 1946 ha de tener repercusiones para la Argentina en muchos sentidos. En primer lugar, es el único militar elegido para el cargo de presidente en comicios libres. En segundo lugar, se trata de un oficial explícitamente identificado con la corriente nacionalista e industrialista dentro de las FFAA, a diferencia de los demás presidentes militares que le preceden y le suceden, entre los cuales esta adhesión tiene sus matices. Pero fundamentalmente, Perón encarna el intento de las FFAA de incorporar bajo su tutela a distintos sectores sociales e integrarlos en un proyecto de país. La accidentada y a menudo violenta relación del peronismo con la sociedad argentina es expresión de este fracaso de proyecto nacional.

Cabe no obstante introducir una aclaración respecto al surgimiento y evolución de la tendencia nacionalista dentro de las FFAA, y el lugar que ocupa dentro del espectro ideológico local. De acuerdo al trabajo seminal de Navarro Gerassi (1965), el nacionalismo asoma primero en la década de 1920 para terminar definiéndose en la década de 1940. Como una forma de reacción de los sectores conservadores frente al creciente poder político de las clases medias expresado en el radicalismo, se nutre de inspiraciones diversas, tales como el fascismo, el falangismo y el corporativismo. Sin embargo, puede distinguirse entre una corriente nacionalista “popular” y otra de “derecha”, que impiden una equiparación entre nacionalismo y fascismo. Esta distinción es crucial para comprender a un movimiento nacionalista de fuerte raigambre popular como el peronismo. Siguiendo esa misma argumentación, una investigación más reciente de Finchelstein (2019) postula que tampoco puede trazarse gratuitamente una analogía entre populismo y fascismo.

Un breve repaso por las dos primeras presidencias justicialistas permite reconocer que se trata de la instancia histórica en la que la Argentina más cerca está de concretar el modelo propiciado por el ala nacionalista de las FFAA. En materia

social, Perón torna universales políticas previamente existentes de bienestar social, como el aguinaldo, las cajas previsionales o la afiliación sindical.

Su política exterior, aunque suele ser caracterizada como autonomista (Simonoff, 2007), en los hechos es pragmática. Continúa y liquida la relación privilegiada con GB (nuevamente los ferrocarriles, a través de su nacionalización, simbolizan este vínculo), pero simultáneamente establece a grandes rasgos los lineamientos del modo en que el país se asocia con Washington durante el período de guerra fría. Así, Argentina adquiere material de guerra en desuso a EEUU, se incorpora al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, y está a punto de enviar tropas a la guerra de Corea (Comastri, 2020). Ya en su segundo mandato, la relación bilateral se torna aún más estrecha, con el contrato de un empréstito con el Eximbank y la apertura de distintos sectores, especialmente el petrolero, a la inversión de capitales norteamericanos (Díaz-Alejandro, 1982). Esto se ve equilibrado por el establecimiento de relaciones diplomáticas con la URSS y los acuerdos de cooperación económica con distintos países latinoamericanos (Granato & Oddone, 2014).

El peronismo prosigue con las políticas industrialistas de sus antecesores, que especialmente desde la SGM adquieren la característica de una Industria Sustitutiva de Importaciones (ISI). La industria ligera, productora de bienes de consumo durables y no durables tales como electrodomésticos y textiles es la principal receptora de inversiones por parte del capital privado. El Estado acompaña subsidiando los créditos, regulando el sector bancario a través de la nacionalización del BCRA y los depósitos, y monopolizando el comercio exterior mediante el Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (Cramer, 2002).

La política industrial propiamente dicha se ve sistematizada por medio de los planes quinquenales y la creación de numerosas empresas públicas, como Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina (SOMISA), Agua y Energía, Ferrocarriles Argentinos, Aerolíneas Argentinas, la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTEL) e Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME). En el plano educativo y científico, se establecen la Universidad Obrera Nacional (hoy en día Universidad Tecnológica Nacional), la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA) y el Instituto de Investigaciones Científicas y Técnicas de las Fuerzas Armadas (CITEFA, actualmente llamado Instituto de Investigaciones Científicas y Técnicas para la Defensa).

La tecnología militar también evidencia avances notables, en especial en el ámbito aeronáutico, en el cual durante la SGM emergen varias tecnologías prometedoras. Con la colaboración de técnicos y especialistas europeos, se diseñan y producen prototipos de aeronaves de combate y entrenamiento (con antecedentes ya

en la década de 1930, después de creada la FMA), motores y hasta cohetes. Entre estas innovaciones, se incluyen los famosos aviones a reacción Pulqui I y Pulqui II (Artopoulos, 2007).

Ya en el segundo gobierno de Perón la matriz productiva de ISI atestigua limitaciones graves, que continúan en las décadas siguientes y hasta el día de hoy. La principal de ellas es la restricción externa, la falta de divisas para financiar la expansión de la industria. Una escasez que es resultado de esa misma industrialización, que para crecer requiere de crecientes importaciones de bienes de capital e insumos tales como repuestos, bienes intermedios y combustibles (Schorr & Wainer, 2014). Anticipando una dificultad que persiste hasta el día de hoy, los sectores de la economía argentina superavitarios en términos externos (esto es, el negocio agropecuario) no logran proveer de suficientes divisas para que la industria (deficitaria en esa dimensión) prosiga con su normal funcionamiento y menos aún con su expansión (Ferrer, y otros, 2015).

Los meses previos al derrocamiento de Perón en septiembre de 1955 revelan un aumento preocupante de la violencia política. A raíz del enfrentamiento entre el gobierno y la Iglesia católica, distintos sectores sociales y políticos, incluyendo sindicatos, asociaciones civiles y partidos, se confunden en un enfrentamiento cuyo punto álgido es el bombardeo a Plaza de Mayo del 16 de junio de ese año. Se trata de lo que, a falta de mejores palabras para describirlo, constituye un acto de guerra de las FFAA contra la población civil. Sienta un precedente sombrío respecto al involucramiento político de los militares.

La principal motivación del golpe consiste en apartar a Perón y sus allegados de la escena política, forzando al exilio al primero y proscribiendo a los segundos. Pero no implica un cuestionamiento fundamental al modelo económico. A pesar de la cancelación de ciertos proyectos tecnológicos, o de medidas económicas o jurídicas específicas tales como la desnacionalización de los depósitos bancarios, el fin del monopolio estatal sobre el comercio exterior, la incorporación al Fondo Monetario Internacional y la anulación de la Constitución Nacional aprobada en 1949, el gobierno de Aramburu prosigue con ciertas políticas de Estado en materia industrial. Por ejemplo, se establecen el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, el Instituto Nacional de Tecnología Industrial y Yacimientos Carboníferos Fiscales.

La continuidad de la política industrial y de desarrollo tecnológico a pesar del violento cambio de gobierno también se explica por la existencia de un consenso al interior de una clase dominante que ahora se compone de empresarios cuyos beneficios económicos derivan de la profundización de dicho modelo. Ya definitivamente olvidado el modelo agroexportador, no por propia iniciativa sino por

la virtual desaparición del mercado británico y europeo como destino atractivo para las ventas, la élite local encuentra una nueva fuente de acumulación de riqueza en la industria. No obstante, las fuertes inversiones iniciales requeridas motivan que los empresarios privados se concentren en bienes de consumo masivo, dejando al Estado la responsabilidad de construir infraestructuras, fomentar la industria pesada y estimular el progreso científico.

Estas inversiones estatales no suelen ser rentables (al menos no en el corto plazo), y está en el interés del empresariado que el Estado asuma esta tarea, por dos motivos. Porque provee de insumos para su actividad y, de manera creciente, contratos públicos. De allí que, a pesar de lo diametralmente opuestos que pueden ser ideológicamente el primer peronismo y la autodenominada Revolución Libertadora, en esencia su modelo económico es similar. Las FFAA son el brazo político que de alguna manera resuelve las tensiones entre clases sociales, además de participar directamente en la gestión de los proyectos industriales y tecnológicos más avanzados.

El gobierno de Frondizi expresa el intento más acabado de construir una Argentina moderna e industrializada, pero sin la presencia del peronismo. Durante su mandato es cuando definitivamente se sientan las bases de la industria pesada. En 1960 entra en operaciones el alto horno de SOMISA en San Nicolás, y al año siguiente se alcanza el autoabastecimiento petrolero (Ruffini, 2020), cumpliéndose así los viejos anhelos de los generales Savio y Mosconi en lo que respecta a la industria siderúrgica y la política energética respectivamente. Al mismo tiempo que crecen sectores como la química y la petroquímica, la producción de bienes de capital y de papel, se expanden notablemente la industria automotriz y de maquinaria agrícola (Harari, 2009). En materia científica y tecnológica, se crea la Comisión Nacional de Investigaciones Espaciales (CNIE), directamente gestionada por la Fuerza Aérea, y entra en funcionamiento el RA-1, el primer reactor atómico experimental de América Latina (Marzorat, 2006).

La presidencia de Illia constituye otra etapa más en la continuidad del modelo industrialista argentino consolidado por Frondizi. Sin embargo, su mandato se caracteriza por medidas de corte más nacionalista tales como la Ley de Medicamentos o la parcial renegociación de los contratos petroleros con empresas extranjeras (Morgenfeld & Míguez, 2012). En materia social, muestra una inclinación a favorecer los intereses de la clase trabajadora con la aprobación de la Ley de Salario Mínimo, Vital y Móvil. Entre otros, estos son factores que conducen a su derrocamiento en 1966 en un golpe dirigido por Onganía.

Este último, como adherente a la Doctrina de Seguridad Nacional norteamericana, personifica a una generación de autoridades castrenses que, con la excusa de una supuesta amenaza marxista, interrumpen constantemente el proceso

constitucional. Detrás de este asalto a las instituciones, se ocultan los intereses de la potencia global dominante y sus delegados locales por aplicar determinados programas socioeconómicos. Esta asimilación de las FFAA a tareas policiales y de seguridad interior, que se incubaba desde hace tiempo, alcanza su máxima expresión más adelante, durante la última dictadura.

La prioridad que la llamada Revolución Argentina concede al “tiempo económico”, denota que al interior de las élites locales existe cierto consentimiento con la idea de que es necesario superar muchos de los obstáculos estructurales que el país padece desde hace décadas (Portantiero, 1977). El modelo de ISI que desde la crisis de 1929 comienza a perfilarse y que, a falta de alternativas más atractivas, termina imponiéndose tras la SGM, desde sus albores presenta limitaciones fundamentales. En materia cambiaria, se expresa en la ya aludida restricción externa. En términos estructurales, es resultado de una industria que no es competitiva internacionalmente y que coloca su producción en el mercado interno, pero depende de las importaciones para operar.

Aunque la economía crece a un ritmo acelerado durante el gobierno de Onganía, la distribución del ingreso se torna relativamente más regresiva, especialmente con la gestión de Krieger Vasena. El modelo económico permanece, en esencia, inmutable. Aún no agota todas sus posibilidades de expansión. Sin embargo, el Estado burocrático-autoritario (O'Donnell, 1977) encarnado por la Revolución Argentina representa el último intento de la clase dirigente, especialmente la más ligada a la acumulación dependiente de la industria (pero sumando naturalmente al partido militar (Schaposnik, 1981) y, de manera más llamativa, a los sindicatos), por encarar un proyecto integral y a largo plazo para construir una nación desarrollada. El fracaso de esta iniciativa, junto a la experiencia de los gobiernos peronistas que se suceden a partir de 1973, determina un reposicionamiento de los intereses empresarios. No obstante, los militares tienen reservada una última oportunidad para jugar su rol de árbitros políticos con la dictadura que inicia en 1976. Sólo que, en esa última oportunidad, las políticas a implementar en muchos sentidos son radicalmente distintas.

En el campo científico y tecnológico, el balance de Onganía es ambiguo. Apenas comenzado su mandato, interviene la Universidad de Buenos Aires en la funesta Noche de los Bastones Largos (Riccono, 2016). Este episodio constituye posiblemente la principal instancia de aniquilamiento (en una única ocasión) de los esfuerzos de la ciencia argentina. En el balance se cuentan cientos de científicos exiliados, la cancelación de programas de investigación y la destrucción de equipos. La Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, dotada con la primera computadora de América

Latina y a la vanguardia mundial en matemáticas y ciencias de la computación, es el principal blanco de la represión (Jacovkis, 2013).

Sin embargo, los proyectos tecnológicos bajo control directo de los militares continúan avanzando. Por un lado, comienza la construcción de la central nuclear de Atucha, para generación comercial de electricidad (también la primera de su tipo en América Latina). Por el otro, la CNIE prosigue con el programa de exploración espacial iniciado por Frondizi, incluyendo experimentos con seres vivos en el espacio exterior, lanzamientos desde la Antártida y pruebas con cohetes de dos etapas (Vera, Guglielminotti, & Moreno, 2015).

En el ámbito militar, la industria bélica logra un hito con el IA-58 Pucará, el primer avión de diseño nacional fabricado a gran escala (De la Vega, 2018). Paralelamente, se ejecuta el Plan Europa, por el cual las FFAA buscan reducir la dependencia de EEUU a la hora de adquirir equipamiento (Morgenfeld, 2014). Esto se debe a que Washington, que reprueba la no adhesión de Buenos Aires a los distintos regímenes jurídicos de no proliferación nuclear, escatima la venta de armamento. Entre proveedores del Viejo Continente se procuran piezas de artillería, cañones autopropulsados, tanques, vehículos blindados, municiones, misiles antiaéreos y fusiles de asalto. El objetivo es conseguir contratos que incluyan cláusulas de producción local bajo licencia y de transferencia tecnológica.

Las contradicciones sociales del modelo económico de ISI, que los militares intentan manejar mediante los golpes de Estado y la supervisión a los gobiernos civiles, ocasionan la caída de Onganía (Rougier & Odisio, 2019). Las revueltas populares, en particular el Cordobazo, la aparición de organizaciones guerrilleras y el asesinato de Aramburu (representante supremo del ala más antiperonista de las FFAA), determinan su reemplazo por Levingston primero y más tarde Lanusse (Potash, 1996).

En esa prolongación general del modelo económico, la Revolución Argentina prosigue con la construcción de infraestructuras a gran escala, tales como puentes, caminos y diques, convertida en política de Estado desde 1930. Por ejemplo, se inaugura el túnel subfluvial Paraná-Santa Fe, se concluye el complejo ferroviario Zárate-Brazo Largo, se terminan las obras del puente General Manuel Belgrano (que une las ciudades de Resistencia y Corrientes), se da inicio a la construcción del Complejo Hidroeléctrico Futaleufú y se empieza a levantar la central nuclear de Atucha (Costa, 2020). En el marco de la ISI, la obra pública cumple varios propósitos. Además de auxiliar al aparato productivo suministrando energía o facilitando el transporte de mercancías, aporta al crecimiento de regiones periféricas y es fuente de creación de empleo. Su importancia no es menor tampoco para el sostenimiento de un sector entero de la economía, el de las compañías constructoras y fabricantes de

materiales de construcción, entre las que se hallan las empresas de mayores dimensiones de la Argentina.

En el campo de la industria pesada, se da inicio a la construcción de la planta fabril de Aluar en Chubut (Rougier, 2011). El de Aluar es un caso emblemático del tipo de proyectos industriales encarados por los militares a lo largo del período en que está en vigencia el modelo de ISI. Tiene como objetivo el autoabastecimiento de un insumo estratégico (en este caso, aluminio), tanto con fines civiles como bélicos. Se trata de un proyecto que concentra territorialmente en un polo manufacturero todo el ciclo de producción, contemplando también el abastecimiento de insumos y energía (y cuyos primeros antecedentes son la FMA y Altos Hornos Zapla). En el caso de Aluar, la electricidad ha de ser provista por la represa hidroeléctrica de Futaleufú. De manera complementaria, se construyen en torno a la fábrica escuelas técnicas, institutos universitarios, viviendas, hospitales y centros recreativos. Es un típico ejemplo de los proyectos desarrollistas integrales dirigidos por los militares. Los distintos polos fabriles de FM, SOMISA, o los complejos químicos y petroquímicos desperdigados por distintas provincias, siguen una lógica similar.

No obstante, los progresos obtenidos en términos estratégicos, se empiezan a vislumbrar señales de una crisis que no son exclusivas de Argentina. El sistema monetario internacional sufre un fuerte cimbronazo con la declaración unilateral por parte de Washington de la inconvertibilidad del dólar en oro (lo que efectivamente pone fin al esquema de posguerra de Bretton Woods). A su vez, el embargo decretado por la Organización de Países Exportadores de Petróleo en 1973 acaba con la era de la energía barata.

Estos acontecimientos manifiestan cambios estructurales en la economía mundial. En primer lugar, la aparición de nuevos competidores, principalmente Japón y Alemania Occidental, que disputan a EEUU su monopolio industrial. En segundo lugar, la tendencia declinante en la tasa de ganancia de las economías desarrolladas, algo que también sucede en Argentina. Estos y otros factores erosionan el Estado de bienestar basado en el pleno empleo, la alta productividad, la centralidad de la industria en la economía y el crecimiento ininterrumpido de la producción.

Localmente, las tensiones políticas, manifestación de las presiones de un sistema económico que detenta un alto grado de madurez, condicionan el retorno definitivo de Perón y la consagración de un candidato justicialista como presidente en las primeras elecciones libres en 18 años. La de Cámpora es una experiencia inevitablemente breve. El respaldo del que goza entre el estudiantado, los intelectuales, las organizaciones guerrilleras y parte del pequeño empresariado no es suficiente para confrontar el poder fáctico de las FFAA, los sindicatos y el gran capital nacional y extranjero.

Perón, en tanto figura carismática con amplio apoyo popular, es la última carta que las clases dominantes y las FFAA deciden jugar para resolver las contradicciones del modelo, antes de apostar de lleno por la violencia (Fair, 2009). La debilidad política de María Estela Martínez, la esposa y vicepresidenta de Perón que asume la primera magistratura al fallecer éste, allana el camino para un recrudescimiento de la represión estatal y paraestatal, junto a la liquidación final del Estado de bienestar. El rechazo masivo a las medidas de ajuste que pretende implementar el ministro de Economía Celestino Rodrigo durante los sucesos conocidos como “el Rodrigazo”, parecen indicar que la puja distributiva y la naturaleza del modelo económico se resolverán recurriendo nuevamente a un golpe de Estado.

Por último, es válido mencionar que muchos de los proyectos industriales y tecnológicos más ambiciosos de la época, quedan truncos. En el ámbito militar específicamente, la Armada decide llevar adelante un ambicioso programa para dotarse de una flota de submarinos de ataque diésel-eléctricos con asistencia alemana, los clases Santa Cruz o TR-1700. La idea consiste en construir la mayor parte de ellos en astilleros nacionales, transferencias de tecnología y *know how* mediante. No obstante, el proyecto cumple sólo algunos de sus objetivos, logrando construir sólo una parte de la flota de submarinos inicialmente planeada (Ugarte, 2018). Uno de estos submarinos es el ARA San Juan, desaparecido en el mar argentino en 2017.

5. La última dictadura y el retorno de la democracia

El modelo de ISI encuentra un desenlace trágico en el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Desde una óptica del enfrentamiento de las clases sociales, el esquema productivo y distributivo incubado tras la crisis de 1929 enfrenta, a grandes rasgos, a dos bandos. Por un lado, a los sectores agroexportadores, generadores netos de divisas. Por el otro, a la burguesía manufacturera, dueña de un complejo industrial deficitario en términos externos. La industria requiere de las divisas generadas por el agro para subsistir. No es casual que las tensiones cambiarias, que persisten hasta el día de hoy, aparezcan en la década de 1930.

Esto es así porque hasta la década de 1920, el modelo agroexportador vigente era superavitario en términos externos. Las divisas provenían del balance comercial positivo derivado del impresionante crecimiento de las exportaciones agropecuarias, y por un balance de pagos también superavitario gracias al constante ingreso de capitales desde el exterior. Las tres décadas que transcurren entre el inicio de la PGM en 1914 y el fin de la SGM en 1945 sepultan definitivamente las posibilidades de estirar las esperanzas de vida de este esquema. A partir de allí, la industria argentina experimenta un proceso de notoria expansión, para el cual requiere de un

aprovisionamiento continuo de divisas. Lamentablemente, el sector agropecuario no puede proveerlas en cantidad suficiente.

Es comprensible entonces por qué está en el interés de los industriales el acceder a un dólar lo más barato posible. De allí que el Estado regule tipos de cambio múltiples, diferenciados para distintas actividades y subsidiados para la industria. Las presiones devaluatorias son la respuesta del sector agroexportador, que naturalmente ve en un tipo de cambio más alto un mecanismo de moderar el recorte a su rentabilidad operado por el intervencionismo estatal.

El cuadro se torna más complejo cuando se añaden los intereses de una clase obrera numerosa, representada gremialmente, con condiciones de trabajo ventajosas y altos salarios reales. Junto a la clase media (sea o no asalariada), conforman la masa de consumidores de la producción industrial nacional. Aquí emerge la típica contradicción capitalista: estos trabajadores son un costo, pero también la fuente de ingresos de las empresas. Un incremento en su salario real redundaría en un mayor consumo, pero también en una merma en las ganancias. La vía exportadora está bloqueada, porque las manufacturas locales no son competitivas en el exterior. Quedan disponibles tres alternativas para mantener la actividad industrial y superar la restricción externa: recibir subsidios; aumentar la productividad; y reducir la dependencia externa (Asiain & Gaite, 2018). Todas estas son tareas del Estado. Los subsidios se financian mediante transferencias de rentas desde el agro. Mientras el fomento a la industria pesada es el método clásico de la ISI para reducir la dependencia externa, la inversión en infraestructura y principalmente el desarrollo de tecnología (junto a la educación técnica de la fuerza de trabajo) apuntan a aumentar la productividad.

Como ya se mencionó, los militares operan de árbitros de última instancia de un sistema político que encuentra en los golpes de Estado la manera de reacomodar las relaciones de fuerza. Estos guardan una analogía con la economía, en la cual los picos inflacionarios, las recesiones de tipo *stop and go* (Diamand, 1972), y las recurrentes devaluaciones y cambios de signo monetario son válvulas de escape de las tensiones subyacentes.

A partir de la década de 1950, superado el período de relativa autarquía del primer peronismo, el capital transnacional penetra con fuerza. Las empresas extranjeras descubren en la ISI un interesante negocio. A medida que las empresas locales avanzan en la cadena de valor, sus socias extranjeras pasan de proveer bienes intermedios e insumos a lucrar a través de licencias, transferencias de tecnología o ventas de equipos y maquinarias avanzadas. En el caso de la inversión directa en instalaciones productivas locales, las medidas proteccionistas les aseguran un

mercado cautivo, en el que el Estado garantiza la baja competencia y la escasa necesidad de innovar tecnológicamente.

El autodesignado Proceso de Reorganización Nacional “resuelve” estas contradicciones, sustentado por una cambiante alianza de clases. Los sectores agroexportadores se asocian con una facción de la burguesía industrial fuertemente ligada a los contratos con el Estado y estrechamente vinculada a las empresas extranjeras. En esta relación, el capital transnacional, que deriva una parte cada vez más creciente de sus ganancias de la especulación financiera, ejerce el rol preponderante. Mediante la instrumentalización del aparato represivo de las FFAA, estos grupos son los ganadores de la liquidación final del modelo de ISI. A cambio, los militares disfrutaban de un poder político inédito, que les permite cometer los excesos que llevan a la desaparición, el secuestro y el exilio de miles de compatriotas.

El plan económico de la última dictadura resulta en una profunda desindustrialización que barre con las pequeñas y medianas empresas dependientes del consumo local, un aumento explosivo de la deuda externa, y niveles récord de inflación. Sin embargo, no se ejecuta una desindustrialización total. Aunque el potencial y la capacidad de la industria se ven notablemente disminuidos gracias a la apertura irrestricta a las importaciones y la disminución del poder de compra de los asalariados, ciertos sectores subsisten. Son justamente aquellos más ligados al capital multinacional y las adquisiciones gubernamentales. Estos sectores (por ejemplo, las empresas beneficiadas con la estatización de la deuda externa privada) han de ganar aún más en la década de 1990. También se dan ciertas iniciativas aisladas, como la del polo tecnológico de Tierra del Fuego que, inspirado en el caso brasileño en Manaus (Bekerman & Dulcich, 2017), pretende erigir un *cluster* electrónico en una zona despoblada y de importancia estratégica (por el latente conflicto con Chile).

La inédita ferocidad de la represión estatal y la reconversión del modelo económico se replican, con matices, en el resto de la región. Con el aval implícito de EEUU, el Plan Cóndor asegura la supresión del disenso político. La división de tareas represivas tiene un correlato en una división regional del trabajo por el cual la economía argentina se reprimariza y financiariza, mientras cede definitivamente el puesto de potencia industrial sudamericana a Brasil, que desde 1930 consistentemente apunta a lograr ese objetivo.

Durante estos años en que las autoridades castrenses ejercen un inédito poder y reconfiguran de raíz la matriz productiva argentina, es cuando las FFAA proceden con sus programas tecnológicos más ambiciosos, efectuados con un alto grado de éxito. A diferencia de las inversiones en industria pesada, se trata de proyectos desvinculados del sector productivo civil, por lo que de algún modo ilustran la inhabilidad que los militares y la burguesía industrial local tienen de forjar una alianza

política duradera, y por qué los primeros terminan embistiendo contra los segundos durante el Proceso de Reorganización Nacional.

El primero de estos programas se desenvuelve en el ámbito de la energía atómica. La CNEA ya existe desde hace un cuarto de siglo, cuenta con reactores tanto de investigación como comerciales (Atucha, ya en operaciones, y Embalse, en construcción), además de prestigiosos centros de enseñanza como el Instituto Balseiro (IB).

Las ambiciones nucleares argentinas enfrentan un duro desafío cuando la administración Carter decide suspender la venta de uranio enriquecido en represalia por no firmar el Tratado de No Proliferación Nuclear. En esta circunstancia es que la CNEA, comandada desde 1976 por el vicealmirante Castro Madero, emprende la construcción de la planta de enriquecimiento de uranio de Pilcaniyeu en Río Negro (Rodríguez, 2014). El esfuerzo económico y científico rinde sus frutos, ya que a fines de 1983 Argentina anuncia públicamente que posee la capacidad de enriquecer uranio (Hurtado de Mendoza, 2009). Lo que es más, los científicos argentinos desarrollan una técnica novedosa, la de difusión gaseosa, debido a que la técnica estándar, la centrifugación, no es viable en función de los recursos y conocimientos disponibles en el país (Walsh, 1984).

Bajo el auspicio de Castro Madero también se funda la empresa estatal Investigaciones Aplicadas (INVAP), integrada con profesionales egresados del IB y con el objeto de asistir en los esfuerzos del plan nuclear nacional. Sus resultados son inmediatos. A la antedicha innovación de la técnica de difusión gaseosa para el enriquecimiento de uranio, se le suma la construcción de reactores nucleares de diseño propio. Hasta la fecha, cerca de una docena de reactores, principalmente de investigación y para la producción de radioisótopos, han sido construidos tanto en el país como en el exterior. La primera exportación se concreta a Perú en 1978 (con una segunda venta en 1988), abarcando luego destinos tan diversos como Argelia en 1989, Egipto en 1997, Australia en 2007 y los Países Bajos en 2017.

Uno de los diseños más sofisticados desarrollados por INVAP es la Central Argentina de Elementos Modulares (CAREM), pionero en su tipo a nivel mundial. Se trata de una central atómica de baja potencia, compacta y con medidas de seguridad pasivas. Sus aplicaciones son amplias, desde la generación de electricidad en zonas no conectadas a una red de distribución, desalinización de agua, producción de hidrógeno, o como reactor de investigación o de entrenamiento (Ramírez, Nicolini, Neuman, Fernández, & Malco, 2021). Aunque hoy en día está enfocado en el uso civil, en realidad originalmente el CAREM es concebido con el objeto de dotar a uno de los submarinos de la clase Santa Cruz con propulsión nuclear, un proyecto que al final la Armada no logra concretar (Goldemberg, Feu Alvim, & Mafra, 2018).

El otro programa tecnológico que las FFAA afrontan es el de la fabricación de armamento avanzado. Los logros son variados y con distinto grado de complejidad. Entre ellos se cuentan el Martín Pescador, un misil antibuque que CITEFA desarrolla desde comienzos de la década de 1970. Se trata de un misil teleguiado por radiocontrol que es integrado en los sistemas de armamento de fabricación nacional, como el IA-58 Pucará. En lo que respecta a teatros de operaciones terrestres, entra en servicio el Mathogo, un misil antitanque guiado por cable también creado por CITEFA (Varas, 1991).

Además de misiles antibuque y antitanque, el Ejército finalmente decide apostar a la fabricación del primer tanque nacional desde el Nahuel DL-43. Es así que nace el Tanque Argentino Mediano (TAM), gracias a una asociación tecnológica con Alemania (Souto, 2019). En un ejemplo de integración con el complejo militar-industrial local, el blindaje es producido en Altos Hornos Zapla y el cañón y las municiones en la FM de Río Tercero.

En el área aeronáutica, la industria nacional consigue su mayor éxito desde el Pulqui con la introducción del IA-63 Pampa, un avión de entrenamiento a reacción, pero con posibilidad de ser desplegado en escenarios de combate. Como con muchos otros proyectos bélicos argentinos durante la guerra fría, nuevamente Alemania provee auxilio tecnológico. El programa comienza hacia 1980, y finaliza su primer prototipo en 1984, tras el retorno de la democracia (Versino & Russo, 2010).

Finalmente, el Programa Cóndor constituye el otro gran desafío tecnológico que Argentina encara durante la última dictadura. Aunque su grado de complejidad técnica es comparable al del plan nuclear (especialmente desde que Castro Madero asume la conducción de la CNEA), su desenlace no es tan afortunado. El Programa Cóndor continúa y lleva a su máxima expresión los progresos conseguidos por la CNIE en materia de coherería, con antecedentes que se remontan a la década de 1940. Originalmente, está concebido para construir una lanzadera espacial, pero tras la guerra de Malvinas se lo reorienta hacia un misil balístico. También se trata de un caso en el que Alemania colabora en materia científica, con aportes también de Italia y Francia (De León, 2020).

El programa abarca distintos proyectos, incluyendo una planta para fabricar combustibles sólidos, centros de lanzamiento localizados en distintas provincias, y en especial el complejo de Falda del Carmen (construido por una importante empresa nacional del rubro de la siderurgia y la obra pública). El primer prototipo de misil balístico es el Cóndor I, con un alcance de 100 kilómetros, apogeo de 300 kilómetros y una carga útil de 500 kilogramos. En base al mismo se diseña el Condor I-A III Alacrán, un misil táctico de corto alcance, equipado asimismo con un sistema de guiado inercial. El Alacrán posee un rango aproximadamente similar (115

kilómetros), apogeo de 100 kilómetros y la posibilidad de pertrecharse con una cabeza de guerra de 500 kilogramos, incluyendo bombas racimo.

La última iteración del programa es el Cóndor II, un misil balístico de alcance medio (entre 800 y 1.000 kilómetros), alta precisión (es decir, dotado con un sistema de guiado), y una carga explosiva de 500 kilogramos. Se trata de un vector en dos etapas (la segunda etapa concierne a la reentrada atmosférica de la ojiva) provisto de un sistema de control de empuje vectorial junto a un sistema de navegación inercial, ambos integrados y supervisados computacionalmente (Sabando, Sarmiento, & Hough, 2019).

A diferencia de otros objetivos militares que no son cumplidos, como el de la flota de submarinos clase Santa Cruz (en especial el submarino nuclear), o el FMA SAIA 90 (el proyecto para fabricar un caza furtivo que tampoco prospera), el Programa Cóndor recibe el aval del nuevo gobierno democrático. En esto guarda similitud con el programa nuclear, aunque una diferencia significativa estriba en que mientras el plan nuclear pasa a estar bajo control civil, y es integrado en un régimen de salvaguardas internacionales (comenzando por los acuerdos bilaterales con Brasil), el Programa Cóndor continúa siendo secreto y estando bajo control militar (Parma, 2013).

Durante toda su presidencia, EEUU y GB presionan a Alfonsín para que cancele el programa, que aparentemente ya coopera con Egipto (a donde se exportan los motores del cohete) y recibe financiamiento de Irak (Escudé, 2007). Tras la guerra de Malvinas, en la que la Fuerza Aérea tiene un desempeño destacado, hundiendo y dañando varios buques de la marina británica, la Organización del Tratado del Atlántico Norte vigila con recelo los esfuerzos científicos locales. La cancelación del Programa Cóndor, junto al desmantelamiento del complejo militar-industrial-tecnológico argentino, sobrevienen poco tiempo después.

6. El fin de un proyecto de país ante la hegemonía neoliberal globalizada

La crisis económica y las convulsiones sociales de la década de 1970, junto al plan de ajuste implementado por la última dictadura, suponen un duro golpe a las aspiraciones de cimentar una Argentina industrializada y desarrollada tecnológicamente. El gobierno de Alfonsín representa una suerte de paréntesis, ya que no se concluye la labor de liquidación de la ISI iniciada por la dictadura, pero tampoco se la sustituye por un modelo productivo nuevo.

El gobierno de Alfonsín constituye una experiencia interesante en el sentido de que los militares, aunque no neutralizados del todo políticamente (como demuestran los alzamientos que estallan hasta fecha tan lejana como 1990), sí han

perdido gran parte de su influencia y su prestigio. Además de sentarse en el banquillo de los acusados por las desapariciones de personas llevadas a cabo entre 1976 y 1983, quedan indeleblemente asociados en el imaginario colectivo con la derrota en la guerra de Malvinas, la destrucción del tejido social y la crisis económica estructural.

No obstante, el gobierno radical prosigue con los proyectos tecnológicos más ambiciosos, como el plan nuclear (que ante obvias presiones internacionales, pasa a la órbita civil), el programa de misiles balísticos Cóndor, el avión a reacción IA-63 Pampa, el misil antibuque Martín Pescador o el misil antitanque Mathogo. Otros proyectos, definitivamente irrealizables desde un punto de vista financiero, como el de submarino nuclear o el de caza furtivo, son en la práctica abandonados.

El de Alfonsín es el primer gobierno desde el retorno de la democracia, y el último que transcurre plenamente durante la guerra fría. A Menem le toca dirigir el país en la transición del orden internacional marcada por la caída del muro de Berlín. Para comprender qué ocurre en Argentina en este período, debe tenerse en cuenta que no sólo la Unión Soviética desaparece. Su territorio es desmembrado, sus industrias desgazadas, sus tecnologías rapiñadas y su población sometida a la miseria. Supuestos aliados del país vencedor, como Japón, también son sometidos a distintas políticas perjudiciales. En el caso del país asiático, su crecimiento económico se detiene y pierde el puesto de líder en sectores tecnológicos de punta, como la electrónica. En América Latina, las reformas de mercado barren con la región de manera similar a los golpes de Estado de las décadas de 1930 y 1970. Debutan por primera vez en el Chile de Pinochet, para luego extenderse a las más grandes economías de la región, como Brasil y México.

La embestida neoliberal capitaneada por Reagan y Thatcher en la década de 1980 culmina en la victoria occidental, y sobre todo anglosajona, en el último decenio del siglo. Argentina ya no es el país que se empieza a insinuar tras la crisis de 1929 y que se construye, con oscilaciones, en los 30 años posteriores a la SGM. Gran parte de su entramado industrial yace destrozado y las clases trabajadora y media no disfrutan de la seguridad laboral y de ingresos que supieron conocer.

Las grandes empresas que sobreviven a la desindustrialización emprendida por la última dictadura gracias al auxilio estatal y sus vínculos con el capital extranjero son las que se apropian del patrimonio público durante las privatizaciones. Son las grandes compañías industriales en sectores capital intensivos como siderurgia, aluminio, química y petroquímica. Las multinacionales extranjeras penetran fácilmente en sectores rentables como petróleo, telecomunicaciones y aerolíneas. El consentimiento de la población se adquiere por medio de la estabilización alcanzada con la Ley de Convertibilidad, que pone fin a más de medio siglo de alta inflación,

pero a costa de fuertes desequilibrios macroeconómicos y un alto endeudamiento externo que estallan en la crisis de 2001.

En cuanto a la industria armamentística, el Programa Cóndor es cancelado a instancias de Washington, las instalaciones clausuradas, los equipos destruidos, los técnicos y científicos despedidos, y los motores y cohetes entregados a EEUU. El resto del complejo militar-industrial, incluyendo los astilleros, la FMA, las diversas fábricas de FM, y los proyectos de tanques, misiles antibuque y antitanque, aviones de combate y submarinos, son paralizados, desfinanciados o privatizados.

El plan nuclear, bajo control civil desde 1983, subsiste, pero el balance es ambiguo. Se continúa la construcción y exportación de reactores experimentales y de investigación, y se termina la construcción de una planta para la producción de agua pesada. Pero se detiene la expansión de las centrales atómicas comerciales, y la planta de enriquecimiento de uranio de Pilcaniyeu es cerrada.

En términos políticos, el levantamiento de diciembre de 1990 constituye el último intento de los militares de injerir en la escena pública. A partir de entonces, ya no cuestionan la autoridad de los civiles. El fin del servicio militar obligatorio acaba con una de las últimas herramientas institucionales de que disponen para influir sobre la población.

En las más de tres décadas que transcurren desde ese momento, la política industrial y tecnológica experimenta fluctuaciones. Las cambiantes prioridades de los gobiernos llevan a que distintos programas, entre los que se cuentan centrales nucleares, satélites y represas, sean activados o suspendidos intermitentemente. No obstante, se registran avances puntuales. El sector privado también contribuye, sobre todo en el ámbito de la biotecnología, muy ligado al competitivo sector agroexportador (y recuperando la histórica tradición en química y fisiología que llegó a darle al país tres premios Nobel en ciencias en menos de 40 años), y en el campo del software, donde las empresas argentinas son líderes en América Latina.

Los militares mantienen ciertos vínculos con proyectos industriales y tecnológicos, aunque sin la intensidad de décadas pasadas. Un ejemplo es el Fondo Nacional de la Defensa (FONDEF), que pretende reequipar a las fuerzas armadas mediante el desarrollo de una red de proveedores nacionales. Entre los objetivos bosquejados se encuentran la construcción en Astillero Río Santiago (ARS) de lanchas de instrucción de diseño propio, la modernización de los TAM y los IA-63 Pampa, así como el reacondicionamiento de las corbetas multipropósito MEKO 140 (diseñadas en Alemania en la década de 1980) también en ARS. Sin embargo y como puede constatarse, estas iniciativas apuntan principalmente a la extensión de la vida útil de equipos ya existentes y no tanto a la adquisición de nuevas capacidades tecnológicas o industriales.

7. Conclusiones

El progreso industrial y tecnológico argentino está indisolublemente ligado al compromiso asumido por los militares con el objeto de afianzar una Argentina moderna y autónoma. Las iniciativas más destacadas en la materia, que se desenvuelven a lo largo de más de medio siglo, son acometidas por profesionales de las FFAA. Los programas de fabricación de insumos en el marco de la ISI, así como los de desarrollo de tecnologías armamentísticas, caracterizan la estructura socioeconómica nacional por varias generaciones.

Estos proyectos asoman por primera vez en la década de 1920, cuando aún impera el modelo agroexportador. La creación de YPF y la FMA son las primeras señales de las capacidades latentes que posee el país, y que los militares están ansiosos por potenciar. El sector privado también manifiesta cierto dinamismo, surgiendo las primeras fábricas en rubros como alimentos, automóviles, motores y metalurgia. El modelo de inserción internacional por el cual Argentina exporta materias primas a las naciones europeas le permite al país crecer de forma sostenida, consolidar un Estado moderno, construir redes de infraestructura y mejorar la calidad de vida de su población. Pero adolece de una debilidad fundamental: su dependencia de las compras externas para su sostenibilidad. La PGM es la primera señal de alerta. La crisis de 1929, el acta de defunción definitiva.

La relativa estabilidad institucional de la que goza Argentina en el medio siglo posterior a la federalización de la ciudad de Buenos Aires, se quiebra con el golpe de Estado de 1930. Los militares retornan al centro de la escena política. A partir de allí, el partido militar opera como el árbitro de última instancia ante las divergencias entre distintas clases sociales. Esto le permite reunir el suficiente poder para que su ala más visionaria obtenga los recursos y el apoyo político suficiente (aunque fluctuante) para encarar sus programas de modernización.

Al igual que en el resto de América Latina y en muchos países del mundo, la década de 1930 observa como los gobiernos replantean las bases económicas que sustentan la sociedad. El Estado pasa a regular un gran número de áreas, garantizando la rentabilidad de ciertos negocios. La indecisión de las élites argentinas, motivada por lo lucrativa que fue la relación privilegiada con GB, les impide posicionarse de manera inteligente en el mundo y apoyar de manera contundente la transformación de la matriz productiva local.

Ya finalizada la SGM, el peronismo pretende construir el consenso social que provea de estabilidad política al modelo de ISI, replicando uno de los aspectos más exitosos del modelo agroexportador. A pesar de que la conflictividad política pone fin a esta experiencia de 10 años, por las siguientes dos décadas el proceso de industrialización sigue su curso. Lamentablemente, esta trayectoria es bastante

accidentada. En términos generales, el tránsito de una ISI basada en la industria liviana a otra basada en la industria pesada se efectúa de manera relativamente completa. Para mediados de la década de 1970, Argentina produce o va camino a producir acero, aluminio, cemento, papel, barcos, y una amplia gama de compuestos químicos y petroquímicos. Cuenta con una infraestructura de transporte y energética bastante sólida, incluyendo centrales nucleares y represas. En la mayoría de estos sectores, los militares participan en la creación y ampliación de las capacidades productivas.

El sector privado manufacturero, que comienza fabricando alimentos, bebidas, textiles y electrodomésticos, progresivamente suma otros bienes a su oferta, como vehículos, autopartes, maquinaria y electrónica. El sistema educativo, desde las escuelas técnicas a las universidades, provee de una fuerza de trabajo capacitada. En muchas áreas, la ciencia argentina está a la vanguardia mundial. A pesar de que los golpes de Estado siempre traen aparejados la salida de científicos e ingenieros de las universidades y organismos de investigación (el caso extremo es la Noche de los Bastones Largos), el entramado académico local subsiste.

Pero el modelo de ISI adolece de un defecto fundamental: es deficitario en términos externos. Su funcionamiento requiere de una creciente disponibilidad de divisas, divisas que, al igual que en la etapa anterior de la historia económica nacional, sólo son generadas por el agro. El progreso de la ISI hacia la industria pesada y hacia bienes con mayor valor agregado no resuelve este problema. Si antes las divisas se dedicaban para la importación de insumos y bienes intermedios, ahora se usan para el pago de licencias, *royalties*, equipos complejos y para cubrir el giro de utilidades de multinacionales a sus casas matrices.

A sus contradicciones macroeconómicas y sobre todo cambiarias, el sistema añade las tensiones entre clases sociales, respecto a la distribución de la riqueza y el reparto de los ingresos. Estas contradicciones terminan de estallar a mediados de la década de 1970, cuando el Estado de bienestar entra en crisis en todo el mundo. El gobierno militar impuesto en 1976 sienta las bases para reemplazar el modelo de ISI por otro basado en las finanzas y las actividades extractivas. Es un proceso que toma 15 años, concluyendo en el gobierno de Menem.

Resulta paradójico que el cenit del desarrollo tecnológico argentino coincida con la última dictadura, que destruye el entramado de pequeñas y medianas empresas industriales. La paradoja tal vez se explica por el hecho de que las iniciativas más avanzadas, como el plan nuclear o el plan misilístico, carecen de finalidad comercial. En el caso de los proyectos industriales, en áreas como petróleo, siderurgia, aluminio, química y petroquímica, cuando las empresas aún permanecen bajo gestión estatal, se crean relaciones prebendarias con empresas privadas, que captan el segmento más

rentable de los respectivos procesos productivos. Estas empresas, beneficiadas por la estatización de la deuda externa privada (que en el caso de las gestiones corporativas más lúcidas, permite que ciertas compañías modernicen su capital, tornándose más productivas), son las que terminan apropiándose del patrimonio público en las privatizaciones de la década de 1990.

Las clases sociales identificadas con esta industria nacional presente en los segmentos más modernos del proceso productivo y vinculada al capital extranjero, resultan las principales beneficiadas de la política económica de la dictadura. Saben hacer un uso inteligente del poder político detentado por los militares. Pero luego de que el aparato de las FFAA cumple su función, estas clases dominantes deciden abandonarlo a su suerte. Del mismo modo que ya no les preocupa el poder adquisitivo de la clase obrera, porque su producción no se vende en el mercado interno, sino que es adquirida por otras empresas en un mercado globalizado, una vez que se ha operado el cambio estructural en la matriz productiva, que se ha superado el empate político que mantenía estancado al modelo de ISI, los medios violentos de los militares pierden utilidad.

Sin embargo, plantear que los mandos castrenses simplemente son un instrumento en manos de las élites es incorrecto. No cabe duda que como corporación, los militares ven aumentar su poder, sus recursos y su prestigio a través de los levantamientos, la aparición de sectores industriales enteros y la investigación en nuevas tecnologías. Esto les permite disfrutar de una autonomía innegable ante las demás organizaciones civiles y los distintos intereses económicos. Pero como demuestra la experiencia de la última dictadura, al involucrarse los militares en la regulación de prácticamente todos los aspectos de la vida social, termina siendo inevitable que, como institución, se vean penetrados por tendencias e intereses encontrados. Las contradicciones nacionales se trasladan al interior de las FFAA. Del mismo modo que la última dictadura resuelve estas contradicciones al trastornar radicalmente la estructura socioeconómica del país, liquidando el modelo de ISI, igualmente termina anulando la influencia política del partido militar.

A partir de entonces, Argentina no logra retomar un proyecto de desarrollo nacional porque no existe consenso político en tal sentido. Los sectores más concentrados del capital nacional se conciben a sí mismos como actores en un tablero global. No precisan de un Estado fuerte, ni de una población educada, ni de una infraestructura de alcance nacional, ni de unas FFAA modernas. Más bien al contrario, invertir recursos en ese sentido es un derroche. La interacción entre factores internos y externos asignan a Argentina el rol de productor de materias primas y exportador de renta financiera dentro del mercado mundial. La actual discusión en torno a la restricción externa, y las potencialidades que tienen el sector

minero y de los hidrocarburos no convencionales para aumentar la oferta de divisas, prueban que el país no sabe pensarse a sí mismo en términos de nación industrializada.

De todas formas, un proyecto de país industrial requiere de inversiones ininterrumpidas a lo largo de varias generaciones. Y no basta sólo con volcar dinero, o expandir las capacidades productivas, o hacer aparecer nuevos sectores industriales. Para alcanzar masa crítica, se precisa de un entramado de base que haga que la interacción entre todas estas variables resulte en un todo que es más que la suma de las partes. La infraestructura o la maquinaria es, relativamente, menos importante. Con el financiamiento suficiente, pueden construirse o adquirirse. Pero la formación de recursos humanos, el establecimiento de una red de proveedores, el desarrollo de tecnologías y conocimientos propios (y de personas que los comprendan y sepan aplicarlos), es un proceso menos lineal.

Los militares dejan de ser necesarios porque el proyecto de país que impulsan sus facciones más progresistas fracasa. En el aspecto técnico, las FFAA como organización vertical dispone de los recursos para encarar proyectos integrales de desarrollo. Pero cuando estos mismos proyectos dejan de ser relevantes, las FFAA también pierden relevancia en ese sentido. No obstante, la pérdida de poder político de los militares no es la causa de la decadencia industrial y tecnológica de Argentina, sólo su expresión. Las FFAA en su conjunto operan como árbitros políticos porque ninguna clase social tiene suficiente poder para imponerse. Pero los militares desarrollistas específicamente nunca logran recabar el apoyo suficiente entre las demás clases sociales. Entre mediados de la década de 1970 y principios de la de 1990, esas clases o desaparecen, o se transforman al reenfocar sus lealtades en otros objetivos.

Para cerrar, dos últimos comentarios. En el aspecto político, parece ser que en las últimas cuatro décadas, el peronismo reemplaza a las FFAA en su rol político. Si el peronismo no opera como árbitro, si lo hace como partido hegemónico. En los 39 años desde el retorno de la democracia, 27 transcurren bajo gobiernos peronistas. No sólo el peronismo goza de un constante y mayoritario apoyo electoral a nivel nacional y subnacional. Al igual que las FFAA en el pasado, pero de manera más inorgánica, ya que no está restringido por los límites formales de un partido, al interior del peronismo confluyen múltiples intereses representativos de distintas clases sociales. Desde el punto de vista de las élites, el peronismo inspira confianza porque cuenta con la capacidad para canalizar las contradicciones de la economía de forma bastante pacífica (definitivamente sin tener que recurrir a la violencia característica de las dictaduras militares). Menem, que lleva a cabo la mayor transformación en las bases económicas y en la organización estatal desde la década de 1930, demuestra la habilidad operativa del peronismo. El kirchnerismo, más allá de sus afiliaciones

ideológicas, evidencia su capacidad para mantener lo fundamental de un modelo económico, pero introduciendo los cambios que las circunstancias exigen. La suerte del peronismo como fuerza política hegemónica está atada a la continuidad del actual modelo económico, que hace tiempo muestra signos de crisis. Su reconocida capacidad de adaptación será sometida a examen en los años venideros, al compás de las transformaciones del sistema internacional y sus correlatos locales.

En el aspecto técnico y económico, como ya se aclaró, el fin de las FFAA como actor político relevante y como agente de cambio no es la causa del eclipse del proyecto de país industrial. De hecho, aunque muchas de esas capacidades definitivamente desaparecen, como la tecnología misilística, otras subsisten, como el sector nuclear. Algunas otras pueden recuperarse, como la industria naval, aeronáutica y automotriz. Y otras surgen y prosperan sin ningún tipo de apoyo por parte del aparato militar, como el software y la biotecnología. Pero para que estas capacidades alcancen su máximo potencial, y redunden en una mayor modernización de la economía y un mayor grado de bienestar para la población, se requiere de políticas sostenidas en el largo plazo. Lo que usualmente se llaman políticas de Estado. También en este caso, hay que ver si la dirigencia empresarial y política, así como los demás actores involucrados, están en condiciones de llevarlas a cabo en un mundo cambiante y cada vez más conflictivo.

Referencias

- Arroyo Arzubi, C. A. (2004). La producción para la defensa en la República Argentina. *VII Encuentro Nacional de Estudios Estratégicos*. Buenos Aires: Instituto de Estudios Estratégicos y de Relaciones Internacionales.
- Artopoulos, A. (2007). ¿Por qué el Pulqui II no llegó a la serie? Una sociología histórica de la innovación tecnológica en tiempos de Perón. *Revista de Historia de la Industria Argentina y Latinoamericana*, 1(1), 1-31.
- Asiain, A., & Gaité, P. (2018). Una interpretación de las diversas visiones sobre la restricción externa. *Cuadernos de Economía Crítica*, 5(9), 127-155.
- Báez, G. M. (2004). La industria nacional y el aporte del ejército argentino. Buenos Aires: Instituto de Estudios Estratégicos y de Relaciones Internacionales.
- Ballent, A. (2016). El Estado como problema: el Ministerio de Obras Públicas y el centro de Buenos Aires durante la presidencia de Agustín P. Justo, 1932-1938. *Estudios del Hábitat*, 14(2), 1-19.
- Bekerman, M., & Dulcich, F. (2017). Análisis comparativo de la Zona Franca de Manaos y el área aduanera especial de Tierra del Fuego. *Economía e Sociedade*, 26, 751-791.

- Beyreuther, V. (2011). Desarrollo científico tecnológico e industrias para la defensa. Buenos Aires: IX Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Boto, M. S. (2012). Altos Hornos Zapla y el Plan Siderúrgico Nacional (PSN) en el contexto de la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI): 1947-1976. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*, 41, 35-49.
- Carrizo, G. A. (2017). Petróleo, uso práctico del pasado y construcción de heroicidad en una historieta argentina: “Enrique Mosconi. Una historia de novela”. *Revista de História*, 9(2), 204-216.
- Cassese, N. (2012). *Los Di Tella: una familia, un país*. Buenos Aires: Aguilar.
- Chaia De Bellis, J. (2021). Burguesía industrial y estatizaciones de derecha: los casos de SIAM Di Tella (1970) e INDUPA (1994). *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*, 60, 149-179.
- Comastri, H. (2020). La guerra de Corea en las calles: el Partido Comunista de la Argentina y la disputa por la política exterior peronista en 1950. *Cuadernos de Marte*, 11(19), 343-372.
- Comini, N., & Frenkel, A. (2018). Política y fuerzas armadas. Poder, dominación y habitus en las relaciones cívico-militares argentinas. *Studia Politicae*, 45, 5-32.
- Costa, C. (2020). Arquitectura e infraestructura para el desarrollo en Argentina (1960-1975): un abordaje desde la industria, energía y conexiones territoriales. *Arquisur Revista*, 10(18), 92-105.
- Cramer, G. (2002). Pre-peronist Argentina and the origins of IAPI. *Iberoamericana*, II(5), 55-77.
- De la Vega, C. (2018). Francisco Halbritter, Historia de la industria aeronáutica argentina (Tomo I). *Saber y Tiempo*, 1(2).
- De León, P. (2020). *El proyecto del misil Cóndor. Su origen, desarrollo y cancelación*. Buenos Aires: Lenguaje Claro.
- Diamand, M. (1972). La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio. *Desarrollo Económico*, 12(45), 25-47.
- Díaz-Alejandro, C. F. (1982). *No less than one hundred years of Argentine economic history, plus some comparisons*. Economic Growth Center. New Haven: Yale University.
- Elisalde, R. (2020). *El mundo del trabajo en la Argentina 1935-1955. La Siam Di Tella: productivismo, educación y resistencia obrera*. Buenos Aires: Biblos.
- Escudé, C. (2007). La transformación de las ecuaciones del realismo periférico en el siglo XXI. *Postdata*, 12, 221-226.
- Esposito, L., & Zabala, J. P. (2010). El bilateralismo profundizado. En A. Simonoff, *La Argentina y el mundo frente al bicentenario de la Revolución de Mayo: las relaciones*

- exteriores argentinas desde la secesión de España hasta la actualidad* (págs. 85-116). La Plata: EDULP.
- Fair, H. (2009). La interacción sistémica entre el Estado, los principales actores sociopolíticos y el modelo de acumulación. Contribuciones a partir del fracaso del modelo ISI en Argentina para pensar las restricciones políticas al desarrollo regional. *Papel Político*, 14(2).
- Ferrer, A., Aronskind, R., Bekerman, M., Vázquez, D., Cavalho, C. E., Heymann, D., . . . Porta, F. (2015). *Integración productiva, restricción externa y desarrollo*. Buenos Aires: CENES - FCE - UBA.
- Ferrero, R. A. (1978). La Fábrica Militar de Aviones. *Todo es Historia*(129), 1-9.
- Finchelstein, F. (2019). *Del fascismo al populismo en la historia*. Taurus.
- Franco, M. (2020). Ejército, conflicto social y orden interno en la Argentina de comienzos del siglo XX. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 9(19), 208-230.
- Frenkel, L. (1992). *Juan Ignacio San Martín: el desarrollo de las industrias aeronáutica y automotriz en la Argentina*. Buenos Aires.
- Goldemberg, J., Feu Alvim, C., & Mafra, O. Y. (2018). The denuclearization of Brazil and Argentina. *Journal for Peace and Nuclear Disarmament*, 1(2), 383-403.
- Granato, L., & Oddone, N. (2014). Ideas y praxis de la integración regional durante los dos primeros gobiernos de Juan Domingo Perón (1946-1955): la visión del líder y la construcción política. *Cuadernos sobre Relaciones Internacionales, Regionalismo y Desarrollo*, 9(17), 79-102.
- Harari, I. (2009). La desnacionalización automotriz: IAME e IKA. *Realidad Económica*(244), 37-60.
- Hirst, M. (2013). *Understanding Brazil-United States Relations*. Brasilia: FUNAG.
- Hobsbawm, E. (1975). *The age of capital: 1848-1875*. Londres: Weidenfeld & Nicholson.
- Hurtado de Mendoza, D. (2009). Periferia y fronteras tecnológicas: energía nuclear y dictadura militar en la Argentina (1976-1983). *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, 5(13), 27-64.
- Jacovkis, P. M. (2013). *De Clementina al siglo XXI. Breve historia de la computación en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Lahera Parada, E. (1976). *FATE y CIFRA: un estudio de caso en difusión y desarrollo de tecnología electrónica digital en Argentina*. Princeton: Woodrow Wilson School.
- López, I. A. (2017). En la "hora de la espada" y bajo el signo de la reconstrucción. Liderazgo presidencial en tiempos de Agustín Justo, Roberto Ortiz y Ramón Castillo (1932-1943). *PostData*, 22(2), 437-473.

- Maas, C. (2017). Argentina y Gran Bretaña en la década de 1920: la visita del Príncipe de Gales, la necesidad británica y el pensamiento económico de las elites argentinas. *Ciclos*, 28(48).
- Mamonde, N. (2021). Territorialidades y agentes económicos del Complejo Industrial La Plata: de la reestatización de YPF a la reconfiguración neoliberal (2012-2018). En H. Adriani, M. Suárez, & N. Murgier, *Abordajes de la actividad industrial argentina: procesos territorios y análisis de casos durante el gobierno de la Alianza Cambiemos* (págs. 347-368). La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Marzorat, Z. (2006). Un desarrollo científico-tecnológico autónomo: la construcción del RA-1. *Cuadernos de Antropología Social*, 23, 105-116.
- Massare, B. (2014). De los neumáticos a los chips: el rol de la I+D en el desarrollo de calculadoras y computadoras en la División Electrónica de FATE (1969-1982). *Memorias del III Simposio de Historia de la Informática de América Latina y el Caribe (SHIALC 2014): Historia Informática* (págs. 78-91). Montevideo: Universidad de la República.
- Mesquita Fontes, Â. M., & de Niemeyer Lamarão, S. T. (2006). Volta Redonda: história de uma cidade ou de uma usina? *Revista Rio de Janeiro*, 18, 241-254.
- Morgenfeld, L. (2014). Argentina y Estados Unidos, golpe a golpe (1966-1976). *Revista SAAP*, 8(2), 521-554.
- Morgenfeld, L., & Míguez, M. C. (2012). La cuestión petrolera durante el gobierno de Illia: repercusiones en los Estados Unidos y en las clases dirigentes locales. *Realidad Económica*(271), 51-75.
- Morresi, S. (2010). El liberalismo conservador y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional. *Cuadernos del CISH*, 27, 103-135.
- Navarro Gerassi, M. (1965). *Los nacionalistas*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- O'Donnell, G. (1977). Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario. *Revista Mexicana de Sociología*, 39(1), 9-59.
- Parma, E. E. (2013). *Aggiornamento y reforma en la política nuclear, de seguridad y defensa, en Alfonsín y Menem*. La Plata: Instituto de Relaciones Internacionales.
- Portantiero, J. C. (1977). Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973. *Revista Mexicana de Sociología*, 39(2), 531-565.
- Potash, R. A. (1996). The Onganía presidency: consolidation and decline. In R. A. Potash, *The Army and politics in Argentina, 1962-1973*. Redwood City: Stanford University Press.
- Ramírez, O., Nicolini, J., Neuman, M., Fernández, M., & Malco, J. (2021). Panorama histórico del desarrollo de la energía nucleoelectrica en Argentina. *Ciencia, Tecnología y Política*, 4(7), 1-10.

- Riccono, G. (2016). *La Universidad de Buenos Aires de la Revolución Libertadora a la Noche de los Bastones Largos. Redes y trayectorias docentes*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Rodríguez, M. (2014). Avatares de la energía nuclear en Argentina. Análisis y contextualización del Plan Nuclear de 1979. *8*(15), 30-55.
- Rougier, M. (2008). Industria e peronismo: a fábrica de tubos de SIAM Di Tella AS (1948-1955). *Estudios Ibero-Americanos*, *34*(2), 76-96.
- Rougier, M. (2011). *Estado y empresarios en la industria del aluminio en la Argentina*. Quilmes: UNQui.
- Rougier, M. (2022). *Dos siglos de industria en la Argentina. Una revisión historiográfica*. Buenos Aires: IIEP - UBA - CONICET.
- Rougier, M. N. (1999). *El Banco de Crédito Industrial argentino y la política económica del peronismo, 1944 a 1949*. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Económicas.
- Rougier, M., & Odisio, J. (2019). El “canto de cisne” de la industrialización argentina. Desempeño y alternativas en la etapa final de la ISI. *Revista de Estudios Sociales*, 51-67.
- Rouquié, A. (1981). *Poder militar y sociedad política en la Argentina, II*. Buenos Aires: Emecé.
- Ruffini, M. (2020). Representaciones del poder en la Patagonia argentina. El presidente Arturo Frondizi y la segunda Conquista al Desierto (1958-1962). *Ayer. Revista De Historia Contemporánea*, *120*(4), 227-255.
- Sabando, J., Sarmiento, R., & Hough, T. (2019). Un análisis de la tecnopolítica aeroespacial argentina. *Ciencia, Tecnología y Política*, *2*(2), 1-8.
- Schaposnik, E. C. (1981). El partido militar argentino. *Nueva Sociedad*, 54.
- Schorr, M., & Wainer, A. (2014). *Restricción externa en la Argentina: una mirada estructural de la posconvertibilidad*. San Martín: IDAES - UNSAM.
- Simonoff, A. (2007). Perspectivas sobre los setenta: una aproximación a las lecturas sobre la política exterior del peronismo. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*(7), 177-208.
- Simonoff, A. (2019). Las relaciones argentino-soviéticas desde la revolución rusa hasta la crisis de 1930: entre el prejuicio y el pragmatismo. San Fernando del Valle de Catamarca: XVII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca.
- Souto, A. F. (2019). *Comparação do tanque argentino mediano (TAM) sob a égide do monitoramento previsto pela estratégia nacional de defesa*. Resende: Academia Militar as Agulhas Negras.

- Tato, M. I. (2005). ¿Alianzas estratégicas o confluencias ideológicas? Conservadores y nacionalistas en la Argentina de los años treinta. *Cuadernos del CLAEH*, 91, 119-135.
- Tejada, L. (2019). Reseña. Alain Rouquié: el siglo de Perón. Ensayo sobre las democracias hegemónicas. *Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos*, 17(68), 81-87.
- Ugarte, J. M. (2018). La política de defensa argentina. *Estudios en Seguridad y Defensa*, 13(26), 59-83.
- Varas, A. (1991). Transferencia de armamentos de alta tecnología y seguridad regional en América Latina. *Revista Fuerzas Armadas y Sociedad*, 6(1), 1-12.
- Vera, M. N., Guglielminotti, C. R., & Moreno, C. D. (2015). La participación de la Argentina en el campo espacial: panorama histórico y actual. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, 51, 326-349.
- Versino, M., & Russo, C. (2010). Estado, tecnología y territorio: el desarrollo de bienes complejos en países periféricos. *Revista de Estudios Regionales y Mercado de Trabajo*, 6, 283-302.
- Walsh, J. (1984). Argentina formulates nuclear new deal: Alfonsín government putting program under civilian control, appears willing to accept stronger nonproliferation regimen. *Science*, 223(4637), 669-670.